

nocian , y diéron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quixote , de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento , y solo él se acomodó mejor que todos , echándose sobre los aparejos de su jumento , que le costáron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia , y los demas acomodándose como ménos mal pudiéron , Don Quixote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como lo habia prometido. Sucedió pues , que faltando poco para venir el alba , llegó á los oídos de las damas una voz tan entonada y tan buena , que les obligó á que todas le prestasen atento oído , especialmente Dorotea que despierta estaba , á cuyo lado dormía Doña Clara de Viedma , que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar , quien era la persona que tan bien cantaba , y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio , otras que en la caballeriza : y estando en esta confusión muy atentas , llegó á la puerta del aposento Cardenio , y dixo : quien no duerme , escuche , que oirán una voz de un mozo de mulas , que

de tal manera canta , que encanta. Ya lo oímos , señor , respondió Dorotea : y con esto se fué Cardenio , y Dorotea poniendo toda la atencion posible , entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del Mozo de mulas , con otros extraños acacimientos en la venta sucedidos.

*Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.
Siguiendo voy á una estrella,
que desde léjos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que quantas vió Palinuro.
Yo no sé adonde me guía,
y así navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.
Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso
son nubes que me la encubren,
quando mas verla procuro.*

*¡Ó clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.*

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea, que no sería bien que dexase Clara de oír una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz, que quizá habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decía, y volviéndoselo á preguntar ella, se lo volvió á decir, por lo qual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando le tomó un temblor tan extraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dixo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para que me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oídos, para no ver, ni oír á ese desdichado músico. ¿Que es lo que dices, niña? mira que dicen, que el que canta es un mozo de mulas. No es

sino Señor de Lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dexalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y así le dixo: habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿que es lo que decís de alma y de Lugares, y deste músico cuya voz tan inquietta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oírle, se tapó con las manos entrámbos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea: la qual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

*Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la vía,
Que tú mesma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.*

*No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.*

*Que amor sus glorias venda
Caras es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.*

*Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas,
Y así, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezeló
De no alcanzar desde la tierra el cielo.*

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendia el desco de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y así le volvió á preguntar, que era lo que le queria decir denantes. Entónces Clara temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar

sin ser de otro sentida, y así le dixo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero, natural del reyno de Aragon, Señor de dos Lugares, el qual vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hué de creer y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quien comunicallo, y así lo dexé estar sin dalle otro favor, sino era quando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ó la celosía, y dexarme ver toda de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo, y no de mí, pues nunca pude decirselo.

Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el día que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél, si quiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un Lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá Vuestra Merced quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran ⁷² estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo, ó le oygo cantar, tiemblo toda y me sobresalto temerosa de que mi padre

le conozca y venga en conocimiento de nuestros descos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver, que no es mozo de mulas como decís, sino Señor de almas y Lugares, como yo os he dicho. No digáis mas, señora Doña Clara, dixo á esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: no digáis mas, digo, y esperad que venga el nuevo día, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dixo Doña Clara; que fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por quanto hay en el mundo: no querría sino que este mozo se volviese y me dexase, quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaría la pena que ahora llevo, aunque sé decir, que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco: no sé que dia

blos ha sido esto , ni por donde se ha entrado este amor que le tengo , siendo yo tan muchacha y él tan muchacho , que en verdad que creo que somos de una edad mesma , y que yo no tengo cumplidos diez y seis años , que para el día de San Miguel que vendrá , dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reírse Dorotea , oyendo quan como niña hablaba Doña Clara , á quien dixo : reposemos , señora , lo poco que creo queda de la noche , y amanecerá Dios , y medrarémos , ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto , y en toda la venta se guardaba un grande silencio : solamenté no dormían la hija de la ventera y Maritórnes su criada , las quales , como ya sabían el humor de que pecaba Don Quixote , y que estaba fuera de la venta armado y á caballo , haciendo la guarda , determináron las dos de hacelle alguna burla , ó á lo ménos de pasar un poco el tiempo , oyéndole sus disparates.

Es pues el caso , que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo , sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas , y vieron que Don Quixote estaba á caballo , recostado sobre su lanzon , dando de quando en

quando tan dolientes y profundos suspiros , que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma : y asimesmo oyéron que decia con voz blanda , regalada y amorosa : ó mi señora Dulcinea del Toboso , extremo de toda hermosura , fin y remate de la discrecion , archivo del mejor donayre , depósito de la honestidad , y ultimadamente idea de todo lo provechoso , honesto y deleytable que hay en el mundo ¿ y que hará agora la Tu Merced ? ¿ Si tendrás por ventura las miéntes en tu cautivo caballero , que á tantos peligros , por solo servirte , de su voluntad ha querido ponerse ? Dame tú nuevas della , ó luminaria de las tres caras , quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando , que , ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios , ó ya puesta de pechos sobre algun balcon , está considerando , como , salva su honestidad y grandeza , ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuidado corazon padece , que gloria ha de dar á mis penas , que sosiego á mi cuidado , y finalmente , que vida á mi muerte , y que premio á mis servicios. Y tú sol , que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos , por madrugar y salir á ver á mi señora , así como la veas , suplicote que de

mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entónçes, zeloso y enamorado. Á este punto llegaba entónçes Don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la Vuestra Merced, si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió á la luz de la luna, que entónçes estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos, como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dixo: lástima os tengo, fer-

mosa señora de que háyades puesto vuestras amorosas miénten en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la viéron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queerais con significarme mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosla en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mesmos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dixo á este punto Maritórnes. ¿Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído tan á peligro de su

honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quixote, pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes, que sin duda Don Quixote daría la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se baxó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quixote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dixo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la baseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde saca-

réis, que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritórnes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y baxándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertementé. Don Quixote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece que Vuestra Merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritórnes le ató, ella y la otra se fuéron muertas de risa, y le dexáron asido de manera, que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo, ó á otro, habia de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinan-

te bien se podia esperar , que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, quando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exágerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiem-

po que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creído que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen sobre el albarda de su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y hacía creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, quando llegaron á la venta quatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba

cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por Don Quixote desde donde aun no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dixo: caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seáis, no teneis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas, hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el dia, y entónçes verémos si será justo, ó no que os abran. ¿Que diablos de fortaleza, ó castillo es este, dixo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quixote. No sé de que teneis talle, respondió el otro, pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dixo el caminante, el cetro en la cabeza

y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes; de los quales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venían, del coloquio que con Don Quixote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos quantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venían los quatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y así no se hubo movido tanto quanto, quando se desviaron los juntos pies de Don Quixote, y resbalando de la silla dieran con

él en el suelo, á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque el quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase quanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa, que con poco mas que estiren, llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efeto fuéron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritórnes, que ya habia desper-

tado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro, que á Don Quixote sostenia, y el dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntaron, que tenia que tales voces daba. Él sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope diciendo: qualquiera que dixere, que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedáron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quixote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respon-

dió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno de ellos el coche donde habia venido el Oidor, dixo, aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demas á buscarle, y aun seria bien, que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Así se hará, respondió uno de ellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazón aclaraba el dia, y así por esto como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los quatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de des-

pecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner á Micomicona en su reyno, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni ménos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dixo: por cierto, señor Don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay

que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya Vuestra Merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues como supo mi padre, dixo Don Luis que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien distes cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó ménos, y así despachó á quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ó como el Cielo lo ⁷³ordenare, respondió Don Luis. ¿Que habeis de querer, ó que ha de ordenar el Cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí, fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y los demas que ya

vestido se habian, á los quales dixo, como aquel hombre llamaba de *Don* á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el Cielo le habia dado, viniéron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer, y así se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salia ⁷⁴en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien el tambien dixo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexase de oír Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los quatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto,

volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer , hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida , la honra y el alma. Aprentáronle entónçes los criados , diciéndole que en ningun modo volverian sin él , y que le llevarian , quisiese , ó no quisiese. Esto no haréis vosotros , replicó Don Luis , sino es llevándome muerto , aunque de qualquiera manera que me lleveis , será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfía todos los mas que en la venta estaban , especialmente Cardenio , Don Fernando , sus camaradas , el Oidor , el Cura , el Barbero y Don Quixote , que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio , como ya sabia la historia del mozo , preguntó á los que llevarle querian ¿ que les movia á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho ? Muévenos , respondió uno de los quatro , dar la vida á su padre , que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. Á esto dixo Don Luis : no hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas , yo soy libre y volveré si me diere gusto , y si no , ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harácela á Vuestra Merced la razon , respondió el hom-

bre , y quando ella no bastare con Vuestra Merced , bastará con nosotros para hacer á lo que venimos , y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz , dixo á este tiempo el Oidor ; pero el hombre que le conoció , como vecino de su casa , respondió ¿ no conoce Vuestra Merced , señor Oidor , á este caballero que es el hijo de su vecino , el qual se ha ausentado de casa de su padre , en el hábito tan indecente á su calidad , como Vuestra Merced puede ver ? Miróle entónçes el Oidor mas atentamente y conocióle , y abrazándole dixo ¿ que niñerías son estas , señor Don Luis , ó que causas tan poderosas , que os hayan movido á venir de esta manera , y en este trago que dice tan mal con la calidad vuestra ? Al mozo se le viniéron las lágrimas á los ojos , y no pudo responder palabra al Oidor , el qual dixo á los quatro , que se sosegasen , que todo se haria bien , y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte , y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas , oyéron grandes voces á la puerta de la venta , y era la causa dellas , que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella , vien-

do á toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzáron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera y su hija no viéron á otro mas desocupado para poder socorrerle, que á Don Quixote, á quien la hija de la ventera dixo: socorra Vuestra Merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. Á lo qual respondió Don Quixote muy de espacio y con mucha flemma: hermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre, que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexé vencer en ningun modo, en tanto que yo pido li-

cencia á la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dixo á esto Maritórnes que estaba delante: primero que Vuestra Merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo ménos, os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechos: y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego, embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritórnes y la ventera le de-

cian, que en que se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dixo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderial; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dexémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver que fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dexámos aparte, preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil traje vestido: á lo qual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dixo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el Cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viesse á mi

señora Doña Clara hija vuestra y señoría mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuese, como la seta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces, que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oírle suspenso, confuso y admirado, así de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no espera-

do negocio: y así no respondió otra cosa, sino que se sosegase por entónces, y entretuviese á sus criados, que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido quan bien le estaba á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de Don Luis, del qual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasión y buenas razones de Don Quixote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el qual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza,

que estaba aderezando no sé que de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: ah Don Ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, ántes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra gané mi señor Don Quixote estos despojos. Ya estaba Don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la órden de la caballería. Entre otras cosas

que el barbero decia en el discurso de la pendencia , vino á decir : señores , así esta albarda es mia , como la muerte que debo á Dios , y así la conozco , como si la hubiera parido , y ahí está mi asno en el establo , que no me dexará mentir , si no pruébensela , y si no le viniere pintiparada , yo quedaré por infame : y hay mas , que el mismo día que ella se me quitó , me quitáron tambien una bacía de azófar nueva , que no se habia estrenado , que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder , y poniéndose entre los dos , y apartándoles , depositando la albarda en el suelo , que la tuviese de manifesto hasta que la verdad se aclarase , dixo : porque vean Vuestras Mercedes clara y manifestamente el error en que está este buen escudero , pues llama bacía á lo que fué , es y será yelmo de Mambrino , el qual se le quité yo en buena guerra , y me hice señor dél con legítima y lícita posesion : en lo del albarda no me entremeto , que lo que en ello sabré decir , es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde , y con ellos adornar el suyo , yo se la di , y él los tomó , y de haberse convertido de jaez en albarda ,

no sabré dar otra razon , sino es la ordinaria , que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería : para confirmacion de lo qual , corre , Sancho hijo , y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez , señor , dixo Sancho , si no teamos otra prueba de nuestra intencion , que la que Vuestra Merced dice , tan bacía es el yelmo de Mambrino , como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que te mando , replicó Don Quixote , que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía , y la truxo , y así como Don Quixote la vió , la tomó en las manos , y dixo : miren Vuestras Mercedes con que cara podrá decir este escudero , que esta es bacía , y no el yelmo que yo he dicho : y juro por la órden de caballería que profeso , que este yelmo fué el mismo que yo le quité , sin haber añadido en él , ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda , dixo á esta sazón Sancho , porque desde que mi señor le ganó hasta agora ⁷⁵ no ha hecho con él mas de una batalla , quando libró á los sin ventura encadenados , y si no fuera por este baciyelmo , no lo pasara entónces muy bien , porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la ánda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Que les parece á Vuestras Mercedes, señores, dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos ⁷⁶ riesen, y dixo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni mas ni ménos fui un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaxe, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géne-

ros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan léjos de serlo, como está léjos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dixo el Cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas, y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las véras de lo que pensaba le tenían tan suspenso, que poco, ó nada atendia á aquellos donayres. ¡Valáme Dios! dixo á esta sazón el barbero burlado: que es posible que tanta gente honrada diga, que esta no es bacía, sino yelmo? cosa parece esta, que puede poner en admiración á toda una universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dixo Don Quixote, pero ya he di-

cho, que en eso no me entremeto. De que sea albarda, ó jaez, dixo el Cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quixote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dixo Don Quixote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino, que quanto en él se trata va por vía de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus sequaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine á caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo agora ^{??} en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen, que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si esa es albarda, ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dexo al buen parecer de Vuestras Mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con Vuestras

Mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo, como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto Don Fernando, sino que el señor Don Quixote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los quatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni ménos, y á otros tres pasajeros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambriño, y cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y los otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oído

para que en secreto declarasen si era albarda, ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quixote conocian, dixo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir, que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y así habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el ciclo, dixo el sobrebarbero, si todos Vuestras Mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mí albarda, y no jaez: pero allá van leyes... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No ménos causaban risa las necedades que decía el barbero, que los disparates de Don Quixote, el qual á esta sazón dixo: aquí no hay mas que hacer, sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los

cuatro dixo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir, que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar, que esta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia: porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender quantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podría ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es, ó no es albarda como Vuestras Mercedes dicen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que habian entrado, que habia oído la pendencia y quistion, lleno de cólera y de enfado, dixo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ó dixere, debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió Don Quixote, y alzando el lanzon, que nunca le dexaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el quadrillero, se le dexa-

ra allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas quadrilleros que viéron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa Hermandad. El ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero viendo la casa vuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quixote puso mano á su espada y arremetió á los quadrilleros: Don Luis daba voces á sus criados que le dexasen á él, y acorriesen á Don Quixote y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quixote. El Cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorothea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho: Sancho molía al barbero: Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el Oidor le defendia: Don Fernando tenia debaxo de sus pies á un quadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á

reforzar la voz, pidiendo favor á la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quixote, que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dixo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envaynen, todos se sosieguen, éyganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos, como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues Vuestra Merced, señor Oidor, y Vuestra Merced, señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por

Dios todo poderoso, que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendían el frásis de Don Quixote, y se veían mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sosegar: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas, y el albarda: Sancho á la mas minima voz de su amo obedeció como buen criado: los quatro criados de Don Luis tambien se estuviéron quedos, viendo quan poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba, que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entónces, y la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del Cura, volviéron los criados de Don Luis á porfiarle, que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el Cura que debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin

fué acordado, que Don Fernando dixese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucía, donde de su hermano el Marques seria estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los quatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determináron entre ellos, que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dexalle hasta que ellos volviesen por él, ó viese lo que su padre les ordenaba. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la

pendencia , por parecerles que de qualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla ; pero uno dellos , que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando , le vino á la memoria , que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delinquentes , traia uno contra Don Quixote , á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes , y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto , quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traia venian bien , y sacando del seno un pergamino , topó con el que buscaba , y poniéndosele á leer de espacio , porque no era buen lector , á cada palabra que leia ponía los ojos en Don Quixote , y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quixote , y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba , y apénas se hubo certificado , quando recogiendo su pergamino , en la izquierda tomó el mandamiento , y con la derecha asió á Don Quixote del cuello fuertemente , que no le dexaba alentar , y á grandes voces decia : favor á la santa Hermandad , y para que se vea que lo pido de véras , léase este mandamiento , donde se contiene que se prenda á este sal-

teador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura , y vió como era verdad quanto el quadrillero decia , y como convenia con las señas con Don Quixote , el qual viéndose tratar mal de aquel villano malandrín , puesta la cólera en su punto , y cruxiéndole los huesos de su cuerpo , como mejor pudo le asió al quadrillero con entrámbas manos de la garganta , que á no ser socorrido de sus compañeros , allí dexara la vida ántes que Don Quixote la presa. El ventero , que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio , acudió luego á dalle favor. La ventera , que vió de nuevo á su marido en pencias , de nuevo alzó la voz , cuyo tenor le llevaron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al Cielo y á los que allí estaban. Sancho dixo viendo lo que pasaba : vive el Señor , que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo , pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al quadrillero , y á Don Quixote , y con gusto de entrámbos les desenclavijó las manos , que el uno en el collar del sayo del uno , y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian ; pero no por esto cesaban los quadrilleros de pedir su preso , y que les ayudasen á dárselo atado y en-

tregado á toda su voluntad , porque así convenia al servicio del Rey y de la santa Hermandad , de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oír decir estas razones Don Quixote , y con mucho sosiego dixo : venid acá , gente soez y mal nacida ; saltear de caminos llamais al dar libertad á los encadenados , soltar los presos , acorrer á los miserables , alzar los caídos , remediar los menesterosos ? ¡ Ah gente infame , digna por vuestro baxo y vil entendimiento , que el Cielo no os comunicue el valor que se encierra en la caballería andante , ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra , quanto mas la asistencia de qualquier caballero andante ! Venid acá , ladrones en quadrilla , que no quadrilleros , salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad , decidme ; quien fué el ignorante , que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy ? ¿ quien el que ignoró que son exéntos de todo judicial fuero los caballeros andantes , y que su ley es su espada , sus fueros sus brios , sus premáticas su voluntad ? ¿ quien fué el mentecato , vuelvo á decir , que no

sabe que no hay executoria de hidalgo con tantas preeminencias , ni exénciones , como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro exercicio de la caballería ? ¿ Que caballero andante pagó pecho , alcabala , chapin de la Reyna , moneda forera , portazgo , ni barca ? ¿ que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese ? ¿ que Castellano le acogió en su castillo , que le hiciese pagar el escote ? ¿ que Rey no le asentó á su mesa ? ¿ que doncella no se le aficionó , y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad ? Y finalmente ¿ que caballero andante ha habido , hay , ni habrá en el mundo , que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos á quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante ?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los quadrilleros , y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quixote.

En tanto que Don Quixote esto decia , estaba persuadiendo el Cura á los quadrilleros , como Don Quixote era falto de juicio , como lo veían por sus obras y por